

6.- TIEMPO DE SILENCIO

¿UN RELATO AUTOBIOGRÁFICO DE FICCIÓN?

JOSÉ ROMERA CASTILLO

Philippe Lejeune en *Le pacte autobiographique*, entre otros, así como Georges May en *L'Autobiographie* de un modo teórico-práctico -y yo mismo desde una perspectiva eminentemente práctica en la literatura española actual- hemos tratado de la escritura íntima o autobiográfica.

Lo autobiográfico -denominación que engloba a varias modalidades de plasmar la vida en los textos- constituye -según la clasificación de Tomachesvki- una de las vastas *clases* en las que está parcelada la escritura (literaria o no). Esta *clase* está ramificada, a su vez, en una serie de *tipos* como son: la autobiografía, las memorias, los diarios, los epistolarios y los autorretratos (además de los relatos autoficticios y otras modalidades de escritura que no son específicamente puras: biografías, libros de viajes, crónicas, etc.).

En este trabajo me centraré -sin entrar en los rasgos específicos de cada subgénero- en examinar una serie de aspectos -pocos- que hacen partícipe a *Tiempo de silencio*¹, de Luis Martín-Santos, de la autoficción. Y, a la vez, dentro del examen propuesto, me limitaré a señalar algunos -que no todos- de ellos que aparecen en este relato, bajo los cuales se esconde la personalidad de Luis Martín-Santos (sin tener en cuenta, además, otros hechos, en los que interviene Pedro -el protagonista de la novela-, relacionados con actividades de la vida de su creador literario).

Para el examen parcial de estos aspectos, en los que se pone de manifiesto lo autobiográfico en la mencionada novela, he tenido en cuenta, además, algunas otras obras suyas (tanto poéticas como ensayísticas). Todo ello, con el fin de re-afirmar cuanto se expone en la novela.

1.- Nihilismo

¹ Barcelona: Seix Barral, 1972, 9.ª ed.º (citaré por esta edición). Sobre la novela puede verse mi "Lectura semiológica de *Tiempo de silencio*", en mi obra, *El comentario de textos semiológico* (Madrid: SGEL, 1977, págs. 79-127); Alfonso Rey, *Construcción y sentido de "Tiempo de silencio"* (Madrid: Porrúa, 1977), etc.

El destino de Pedro, protagonista del relato, está unido a la sociedad en la que está inserto: la de la España del franquismo². Él sabe, al hacer recuento de lo perdido (ir a investigar a Estados Unidos, casarse, tener amigos, ratos de diversión, etc.), a la nada a la que va conducido³. Pedro -al pretender que “tomando contacto con su obra, lo elevaran sobre el pedestal que naturalmente merecía- sabe que el hombre o se adapta o tiene que transformar la sociedad a la que está ligado; pero que si busca el individualismo como medio de salvación es porque se ve incapacitado a luchar contra el gigante de la superestructura dominante. Y al elegir ese camino, elige su propia perdición: irse a una provincia a dedicarse a la caza de jovencitas, sirviéndole -entre otras distracciones- el ajedrez como medio de olvidar.

Encontramos muestras de ese nihilismo tan intenso del que hablamos:

- a) En la investigación: “del polivinilo nada puede resultar” (pág. 10) en el “Instituto de cochambrosa investigación” (pág. 31).
- b) En la descripción de Madrid: en un encuentro de urgencia, el empleo de sustantivos, adjetivos y adverbios, con connotaciones nihilistas es claramente perceptible:

<i>Sustantivos</i>	<i>Adjetivos</i>	<i>Adverbios</i>
desiertos	descalada	ingenuamente
pobreza	desasidas	poco visibles
humo	olvidadas	poco visitadas
frío	incapaces	de espalda.

- c) En el psicoanálisis existencial -monólogo interior- que Pedro se (auto)hace en la cárcel: lo único que hay que hacer, puesto que ya no existe solución, es “No pensar. No pensar” (verbo que se repite mucho en págs. 178-180): “No pienses. No pensar. No pensar. Estáte tranquilo. No va a pasar nada... Si te pasa lo peor. Lo peor que puedas pensar, lo más gordo, lo último, lo más

² Cf. Robert Anderson, “*Tiempo de silencio*”: *Myth and Social Reality* (Published Ph. Dissertation, St. Louis University, 1973); Janet Chapman, “Madrid with Gaps”, *The New York Literary Supplement*, 25 de mayo (1975), pág. 574; Thomas Curley, “Man Loast in Madrid”, *The New York Times Books*, 29 de noviembre (1974), pág. 74; José Romera Castillo, “Luis Martín-Santos: entre la auscultación de la realidad y el análisis dialéctico”, *Ínsula* 358 (1976), pág. 5; Jorge Riezu, *Análisis sociológico de una novela: “Tiempo de silencio”, de Luis Martín-Santos* (Granada: Universidad, 1980), etc.

³ Cf. John Caviglia, “A Simple Questions of Simetry: Psyche as Structure in *Tiempo de silencio*”, *Hispanistica* LX (1977), págs. 452-460; Sherman Eoff y J. Schraibman, “Dos novelas del absurdo: *L’Étranger* y *Tiempo de silencio*”, *Papeles de Sons Armadans* CLXVIII, n.º. 168, mayo (1970), págs. 213-241; J. Schraibman, “*Tiempo de silencio* y la cura psicoanalítica de un pueblo: España”, *Ínsula* 365 (1977), pág. 3, etc.

grave. Si te pasa lo que ni siquiera se puede decir qué sea, todavía, a pesar de eso, ¿qué pasa? A pesar de eso, no pasaría nada. Nada. *Nada* [...] Nada puede hacerte daño, nada puede aquí, nada... No pasa nada” (págs. 178-179).

He aquí la clave talismánica de la novela. El protagonista -y su autor detrás de él- no quiere abandonarse a contradicciones superficiales, es decir, no ligadas por ningún tipo de dialéctica, ni aventurar opiniones que luego no puedan ser superadas por la acción real. Pero en vez de enfrentarse trágica y enérgicamente con el *fatum*, Pedro consiente un enajenamiento que le llevará a una construcción caótica -y nihilista- de su vida⁴.

2.- (In)comunicación /transferencia

La pérdida de significación del hombre de hoy ante el mundo, en el que se ubica, hace que el individuo experimente unas particulares dificultades en la expresión de determinadas situaciones básicas. Lo que origina un proceso de (auto)enclaustramiento que va desde la negativa a participar hasta la soledad o incomunicación trascendente con sus congéneres.

En *Tiempo de silencio* encontramos una bipolaridad contrapuesta, un enfoque bilateral del silencio que hay que guardar en el periodo histórico de la posguerra española y un deseo de transferir una serie de conceptos ideológicos por parte del autor a sus lectores⁵. Esta lucha es manifiesta y comprensible: si Martín-Santos no quiere perder sus propias señas de identidad, integrándose en el estatus que la sociedad de su época le imponía, no le queda otra solución que la de retrotraerse rígidamente y vivir en su estrecho y reducido mundo o pasar a la acción para poner en espinosa práctica la validez de sus concepciones ideológicas. El novelista-siquiatra lo tiene muy claro. El ostracismo es, pues, una actitud acomodaticia y conformista ante la inutilidad de cualquier tipo de esfuerzo. El callar, el silencio, es la clave que configura la actuación

⁴ Cf. J. Palle, “El periplo de don Pedro. *Tiempo de silencio*”, en R. Cardona (ed.), *Novelistas españoles de postguerra* (Madrid: Taurus, 1976, págs. 167-183); Juan Villegas, “La aventura en un mundo mitificadamente desmitificado: *Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos”, en su obra, *La estructura mítica del héroe* (Barcelona: Planeta, 1973, págs. 203-230), etc.

⁵ Cf. Carlos Feal Deibe, “Consideraciones sicoanalíticas sobre *Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos”, *Revista Hispánica Moderna* XXXVI.3 (1970-71), págs. 117-127; Robert Spires, “Otro, tú, yo: creación y destrucción del ser auténtico en *Tiempo de silencio*”, *Kentucky Romance Quaterley* XXII (1975), págs. 91-110, etc.

de Pedro y de todos: “es tiempo de silencio” (pág. 238); “todo consiste en estar callado” (pág. 239). Según Gemma Roberts⁶, “Martín-Santos opta por el silencio como un verdadero sacrificio existencial en aras de una positividad aún por venir”. En la novela se nos dice: “Es un tiempo de silencio. La mejor máquina eficaz es la que no hace ruido. Este tren hace ruido. Va traqueteando y no es un avión supersónico, de los que van por la estratosfera, en los que se hace un castillo de naipes sin vibraciones a veinte mil metros de altura. Por aquí abajo nos arrastramos y nos vamos yendo hacia el sitio donde tenemos que ponernos silenciosamente a esperar silenciosamente que los años vayan pasando y que silenciosamente nos vayamos hacia donde se van todas las florecillas del mundo” (pág. 238).

Mientras se guarda silencio y se espera, a veces, es preciso hablar -o mejor “hacer como que hablamos y no decir nada” (pág. 15)-, sabiendo que las palabras no significan nada en la mayoría de las ocasiones. Conversaciones de “palabras vacías” (pág. 66), en las que el eje mudo es “la confirmación indirecta de la pertenencia a un mismo y honroso estamento social” (pág. 49). Conversaciones de “palabras cabalísticas”, de atmósfera irreal, en las que, por ejemplo, Pedro “consciente de la verdadera naturaleza de la obra de arte de aquellas conversaciones, persuadido de que había una profunda verdad en las palabras (verdad traducida de los ardientes deseos ya que no de los engañosos y mudables hechos) colaboraba inventando otras de la misma guisa” (pág. 40). Conversaciones que sólo son posibles en la medio-borrachera, “estado intermedio en que tanto la conversación como el ingenio son posibles” (pág. 68).

Silencio es una palabra que predomina bastante en la obra de Martín-Santos. Por ejemplo, uno de sus poemas juveniles llevaba el muy significativo título de “Cuando sobre mi corazón reposan las losas del silencio”. En *Tiempo de silencio* el mencionado término es muy frecuente (págs. 32, 41, 45, 56, 84, 85, 92, 95, 114, 141, 154, 174, 195, 238, 239, 240, etc.).

Silencio y soledad van a estar en paralela concomitancia en el drama que envuelve al hombre actual, para el que recepción / emisión no tienen, generalmente, la misma -y debida- longitud de onda. Así, Pedro -claro trasunto de Luis Martín-Santos en tantos aspectos-, al terminar de atender a Florita, “salió andando rápido, como perdido, queriendo estar muy lejos de aquella noche y de las andanzas locas en que la noche le

⁶ En *Temas existenciales en la novela española de postguerra* (Madrid: Gredos, 1973, págs. 129-203).

había sumergido, queriendo dormir, quedarse solo, meterse en una cama caliente donde no hubiera nadie” (pág. 114).

Por el contrario, siguiendo las ideas de Heideger, Martín-Santos sabe que su yo -plasmado en sus personajes- es un *ser-con*, ya que la existencia humana sin las relaciones con los demás no sería concebible. Con Binswanger es preciso afirmar que el hombre no sólo “está-en-el-mundo”, sino que “está-en-el-amor”. Este modo dual del existir hace que la dinámica de la existencia de la transferencia se pueda reducir -según propugnaba Sartre- a dos actitudes: el individuo intenta reducir al otro a la naturaleza de cosa que él pueda manejar o intenta metamorfosearse él mismo en cosa que el otro pueda manejar. Aunque estos extremos no se suelen dar químicamente puros, lo corriente es que, tras dejarse metamorfosear, el hombre intente comunicarse con los otros seres humanos. Así, Pedro se comunica bastante con su ayudante Amador:

¡Oh qué compenetrados y amigos se agitaban por entre las hordas matritenses el investigador y el mozo ajenos a toda diferencia social entre sus respectivos orígenes, indiferentes a toda discrepancia de cultura que intentara impedirles la conversación (pág. 25).

Para Martín-Santos la causa de que exista la comunicación es que “a ambos les unía un proyecto común y los dos tenían el mismo interés -aunque “por distintas razones” (pág. 25)- en la búsqueda de los ratones. Esta hipótesis sobre la sincera relación que es posible establecer entre los seres humanos no es de ningún modo absurda, sino que será de mucho interés cuando las circunstancias socio-políticas (las del franquismo)⁷ cambien y lo permitan. Martín-Santos cree en la comunicación entre los hombres; lo único es que, como por circunstancias ajenas a él no la puede ejercer, su actitud es la de espera silenciosa, resultando así que en su camino se encuentra una barrera más que franquear y saltar.

3.- La angustia y el dolor

Una característica importante que se da mucho en *Tiempo de silencio* es la de la visión típicamente angustiosa de una serie de situaciones vitales, en las que los universos de los personajes de la novela están insertos:

⁷ Cf. Darío Villanueva, “*Tiempo de silencio* y las ideas de su época”, *Ínsula* 379 (1978), pág. 12.

-Pedro, al hablar tras la cena con la dueña de la pensión y su hija, “sentía una angustia ligera mientras iba cediendo poco a poco a la tentación” (pág. 42).

-Amador, por su parte, “salía con su carga de bombonas y de gasas y de pena” (pág. 119) de la mortuoria cabaña del Muecas, tras la muerte de Florita.

-Los guardias, “especialmente robustos, especialmente desarrollados, prematuramente encanecidos por el trabajo nocturno y por el continuo contacto con la angustia” (pág. 184), contaban sus aventuras y penas a los presos de la cárcel.

-Los reclusos, “dan forma de calendario a un tiempo que, por lo demás, se muestra uniformemente constituido de angustia y virtudes teologales” (pág. 175).

El tratamiento de este tema, tan típico de la filosofía existencial -tan en boga en los años cincuenta y sesenta-, va a ser secundado con las reflexiones que Martín-Santos realiza sobre el dolor. La historia de Pedro -tan paralela a la suya- es la de un ser que sufre por la sencilla razón de que su yo no se adapta al entorno social y político en el que vive. Lo cual le produce una gran melancolía, no buscada ni deseada: “Pero no quiere. Sufre porque no quiere. Sufre porque se obliga a sí mismo a despreciar lo que en este momento -miserablemente- envidia”. Pero ¿por qué sufre? Veamos: “Es demasiado sufrir a causa de este pequeño mundo por donde podría caminar y no camina” (pág. 140)⁸.

Lo mismo siente la madre de Matías, que “con su secreto sufrimiento o su punta de acero clavada en un lugar sensible” (pág. 126) tiene nostalgia de la belleza de la juventud, expresando su deseo de permanecer eternamente joven. Sufre Ricarda, la esposa legítima de Pablo González, por la muerte de su hijo, y en el calabozo de la penitenciaría, llorando, recuerda:

No era ella la que podría cambiar las cosas de cómo son, ni la que podría sorprenderse de que el mismo hombre que lo violó con dolor, la alimentara luego con dolor, la hiciera trabajar con dolor y la preparara sucesivamente, a lo largo de los años, al dolor que había de sentir en el momento en que le arrancaran la criatura que ella creía que podía haber salvado el exorcismo del sacerdote haciendo el gesto bendito encima de su vientre (págs. 201-202).

Estos elementos -por otra parte, tan ligados a la personalidad de Luis Martín-Santos- van a impregnar el comportamiento de algunos personajes más de la novela. Como los huéspedes de la pensión que “orientaban sus antenas [...] pretendiendo captar

⁸ Véase Mary Seale, “Hangman and Victim: An Análisis of Martín-Santos *Tiempo de silencio*”, *Hispanófila* 44 (1972), págs. 45-52.

en toda su integridad cuanto goce o dolor pudiera conmovier sus ya fatigados corazones” (pág. 215). El novelista, por lo tanto, a través de algunos de sus personajes se muestra muy sensible ante cualquier desencanto humano.

4.- El dilema existencial de *homo ibericus*

El hombre, fluyente, variable y carcomido por la nada, siempre está dispuesto a transformarse, gracias a actos de libertad. Al igual que existen actividades físicas que se modifican a lo largo del tiempo en el ser humano, existen otras que brotan del ambiente social en el que éste se desarrolla y vive.

En nuestra novela, con calado irónico⁹, se reflexiona sobre el *homo ibericus*, en relación con la ciencia, contraponiéndolo al europeo:

¿Cómo podremos nunca, si además de ser más torpes, con el ángulo facial estrecho del hombre peninsular, con el peso cerebral disminuido por la dieta monótona por las muelas, fabes, agarbanzadas leguminosas y carencia de prótidos? Sólo tocino, sólo tocino y gachas (pág. 8).

Esta “inferioridad nativa ante la ciencia” (pág. 7) ¿se debe a una alimentación deficiente? ¿Es esta deficiencia la causa remota de que la ciencia hispana haya brillado tanto por su ausencia? O, por el contrario, ¿es que el hombre ibérico es por esencia así? El hispano, más que por el racionalismo, se ha decantado por lo picaresco -no es de extrañar el esplendor de la novela de esta modalidad de escritura entre nosotros- como podemos leer en la novela:

¡De qué maravilloso modo allí quedaba patente la capacidad para la improvisación y la original fuerza constructiva del hombre ibero! ¡Cómo los valores espirituales que otros pueblos nos envidian eran palpablemente demostrados en la manera como de la nada y del detritus toda una armoniosa ciudad había surgido a impulsos de su soplo vivificador! (pág. 43).

El hombre hispano, que “sabe mostrar su poder creador [...] en la total ausencia de medios de la meseta” (pág. 44), es el resultado ineludible de lo histórico y de las implicaciones que ha tenido sobre la sicología de los habitantes de la piel de toro. Pueblo “siempre tan inferior en la precisión de sus instintos a los más brutos animales y

⁹ Cf. Jo Labany, *Ironía e historia en “Tiempo de silencio”* (Madrid: Taurus, 1985).

tan superior continuamente a la idea que de él logran hacerse los filósofos que comprenden las civilizaciones” (pág. 45), cuyos resortes de alegría / tragedia y de odio / divinización hay que incluirlos en las circunstancias políticas y sociales en las que está inserto:

Alegría / tragedia:

- *En aquel mundo de las tabernas lo que más se apreciaba era el saber batir palmas que es una habilidad que contribuye mucho al regocijo de la concurrencia (pág. 23).*
- *Los dos iberos no expresionistas, no constructores de cámaras de gas nunca, aunque sí quizás gritadores de rueda hasta que por fin el cuerno entra en el manoletino triángulo femoral (pág. 74).*

Odio / divinización:

La gran masa de sus semejantes, igualmente morenos y dollicocéfalos, exige que el cuerno entre y que él quede, ante sus ojos, convertido en lo que desean ardientemente que sea: un pelele relleno de trapos rojos. Si este odio ha podido ser institucionalizado de un modo tan perfecto, coincidiendo históricamente con el momento en que vueltos de espaldas al mundo exterior y habiendo sido reiteradamente derrotados se persistía en construir grandes palacios para los que nadie sabía ya de dónde ni en qué galeones podía llegar el oro, sería debido a que aquí tenga una especial importancia para el hombre y a que asustados por la fuerza de este odio, que ha dado muestras tan patentes de una existencia inextinguible, se busque un cauce simbólico en el que la realización del santo sacrificio se haga suficientemente a lo vivo para exorcizar la maldición y paralizar el continuo deseo que a todos oprime la garganta. Que el acontecimiento más importante de los años que siguieron a la gran catástrofe fue esa polarización de odio contra un solo hombre y que en ese odio y divinización ambivalentes se conjugaron cuantos revanchismos irredentos anidaban en el corazón de unos y de otros no parece dudoso (págs. 182-183).

5.- Presencia de la libertad en el hombre

Luis Martín-Santos, basándose en el existencialismo sartriano y como reflejo de sus preocupaciones intelectuales, trata en su novela del tema de la libertad, uno de los dones más hermosos de la condición humana, aunque pueda producir, en ciertas ocasiones, angustia. El hombre es por “esencia libre” (pág. 206) y es tan fundamental para él que siempre la está buscando como “un hito orientador, un trocito de arena libre sobre el que poder extender su espíritu” (pág. 66)¹⁰.

¹⁰ Cf. Giuseppe Grilli, “Libertà vs. coazione: per una lettura distanziata di *Tiempo de silencio*”, *AIOU* XX (1978), págs. 409-427.

Por ello, no es extraño que nuestro autor escribiese un ensayo sobre *Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial*¹¹. En el mismo sostiene que el sujeto toma una determinada dirección en el desarrollo de su personalidad, a partir de las primeras elecciones primarias. La encarnación de la libertad, según él, toma dos formas distintas: una interna (psicológico-configurativa) y otra externa (social). Dentro de la primera, el *ello* es inmodificable por los mecanismos psíquicos, mientras que el *yo* y el *super yo* pueden modificarse, siendo su misión realizar un ajuste entre las exigencias del *ello* y las de la realidad. En la segunda, la libertad influye a través de las decisiones en las circunstancias objetivas y externas de la vida del sujeto (profesión, estatus, social, etc.), pero una vez fijadas, éstas vuelven a influir sobre él estando parcialmente determinado por ellas.

Pedro, el protagonista de la novela, tantas veces reflejo del yo martinsantiano, tiene un estilo un tanto neurótico de vida y sus actos han cristalizado en formas rígidas de un yo interior como producto de las circunstancias sociales, familiares y profesionales que ha vivido. Ardiente defensor de los principios de la libertad -como su creador- se ve frustrado por no poder realizar una serie de actos libremente, debido a la influencia opresora que ejercen las estructuras externas en las que está inmerso:

Tienes libertad para elegir el dibujo que tú quieres hacer porque tu libertad sigue existiendo también ahora. Eres un ser libre para dibujar cualquier dibujo o bien hacer una raya cada día que vaya pasando como han hecho otros, y cada siete días una raya más larga, porque eres libre de hacer las rayas largas todo lo largas que quieras y nadie te lo puede impedir... (pág. 180).

6.-Final

Tiempo de silencio es una novela, no hay la menor duda. Pero, a su vez, en su entramado argumental aparecen tanto aspectos ideológicos como situacionales de su creador. Es cierto que en cualquier clase de obra literaria las experiencias del creador están sublatentes, en mayor o en menor grado. Por ello, la tesis que sostengo es que la pieza, aunque no pertenece al ámbito estricto de la escritura autobiográfica (no hay identificación del autor, narrador y personaje), sin embargo en algunos aspectos sí que tiene concomitancias con la autoficción. Martín-Santos, además de expresar sus ideas por medio de sus personajes -algunas de las cuales hemos analizado someramente-, ha

¹¹ Barcelona: Seix Barral, 1975.

querido exponer en su novela ciertos elementos *situacionales* (ejercicio de la medicina, la investigación, la vida en las pensiones, burdeles, conferencias, tertulias literarias, cárcel, etc.) que son muy paralelas a hechos de su biografía (médico siquiatra, participante en tertulias literarias, detenido por repartir propaganda considerada contra el régimen, etc.). Así como se ha visto a Matías como claro trasunto de su buen amigo el también novelista Juan Benet, Pedro, por su parte, tiene algunos rasgos de Luis Martín-Santos, aunque sea un personaje claramente imaginario.

En síntesis, podemos afirmar que *Tiempo de silencio* no es un relato autobiográfico de ficción plenamente, pero, en algunos aspectos, se aproxima a este espacio literario. De ahí, la interrogante de nuestro título¹².

¹² Resumo el trabajo publicado como "*Tiempo de silencio* ¿un relato autobiográfico de ficción?", en VV. AA., '*Tiempo de silencio*' de Luis Martín-Santos, '*Señas de identidad*' de Juan Goytisolo. *Deux romans de la rupture?* (Toulouse: Université de Toulouse-Le Mirail, 1980, págs. 15-29).